

LO PROHIBIDO, PRÓLOGO Y EPÍLOGO DE OTRAS OBRAS GALDOSIANAS

Como última de las Novelas contemporáneas, *Lo prohibido* parece cerrar un ciclo y casi hacer un resumen de todo lo acaecido en obras de etapas anteriores. Pero también adelanta sucesos y personajes que no tendrán lugar hasta después, y de los cuales parece Galdós iniciar aquí un esbozo que desarrollará más ampliamente con posterioridad.

Muchos son los personajes de novelas previas que reviven en *Lo prohibido*. “Le lecteur éprouve un plaisir simple et un peu ingènu à retrouver régulièrement ces figures familières”¹. Ya Robert Ricard hace una buena relación de todas estas figuras, conocidas y repetidas en diferentes obras. No voy a insistir en lo que este crítico ha hecho tan bien, observando las afinidades y aproximaciones entre personajes, situaciones, sueños y toda clase de puntos de contacto².

Galdós terminó algunas de sus novelas de una manera ambigua, con una conclusión que no convence. Es el caso de *La familia de León Roch*, con el decepcionante final de unos amores frustrados por cuestiones morales. Pepa Fúcar, la amada de León, acaba “muy triste, muy sola, con mediana salud”³. Con gran satisfacción la encontramos citada en *Lo prohibido*, y sabemos que vive definitivamente en Pau con León Roch⁴. En pocas líneas

¹ ROBERT RICARD, “Un roman de Galdós: *Lo prohibido*”, *LNL*, 54 (1960), p. 11.

² Cf. ROBERT RICARD, “Nouvelles remarques sur *Lo prohibido* de Galdós”, *BHi*, 69 (1967), 389-406.

³ BENITO PÉREZ GALDÓS, *La familia de León Roch*, en *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1966, t. 4, p. 960.

⁴ BENITO PÉREZ GALDÓS, *Lo prohibido*, en *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1966, t. 4, p. 1736. JOSÉ MONTESINOS había señalado ya la existencia de este final en su libro *Galdós* (Castalia, Madrid, 1968, p. 259).

Galdós ha dado a aquella novela una terminación racional. También aprendemos algo del marqués de Fúcar, más viejo, más gordo y con las barbas teñidas⁵, pero capaz todavía de convertirse en amante de una mujer hermosa.

Epílogo es, *Lo prohibido*, de la historia de la familia Tellería padres y hermanos de María Egipciaca: “León Roch había suspendido la pensión que pagaba a Milagros. Ésta y el pobre marqués vivían separados y en la mayor miseria, cada cual dando sablazos y explotando al pobre que cogían debajo. Don Agustín de Sudre había dado en la flor de irle a contar al rey mismo sus miserias, logrando algunas veces pingües limosnas” (p. 1744). Los dos hijos vivos, Leopoldito y Gustavo, llevan también una vida miserable; el primero, marqués de Casa-Bajío, por matrimonio, “en las últimas, porque las fortunas cubanas habían llegado a cero” (p. 1744). Además, la marquesita, siguiendo la tradición familiar, no parece un ejemplo de fidelidad conyugal (cf. p. 1731). En cuanto a Gustavo, había llegado a la mayor depravación, manteniendo a la familia “con lo que sacaba de las queridas ricas” (p. 1744).

Sin duda es posible establecer una relación entre *Lo prohibido* y *El amigo Manso*: son las únicas novelas, junto con *La incógnita* narradas en primera persona, y ambas terminan con la muerte del protagonista⁶. Todos los elementos más o menos autobiográficos que aparecen en las dos, serían también elementos comunes. Por ejemplo, la soltería de los dos personajes, el amor por los niños (amor que comparten muchas otras figuras masculinas en diferentes novelas); el gusto por una vida hogareña confortable, la preocupación por el dinero, el interés por la política, en la que ambos participan activamente, etcétera.

Otro curioso personaje, que aparece sólo al fin de *Lo prohibido*, como amanuense de José María Bueno de Guzmán en la redacción de sus Memorias, es Ido del Sagrario, quien habiendo nacido en *El doctor Centeno*, arrastrará su miseria y su fantasía hasta *Fortunata y Jacinta*.

Se ha dicho que las narraciones galdosianas cuyo ambiente se desarrolla únicamente entre la alta burguesía madrileña (*La familia de León Roch*, *Lo prohibido*, y *La incógnita-Realidad*), carecen de las atractivas figuras populares que le dan un matiz tan particu-

⁵ *Lo prohibido*, p. 1727. Todas las citas de esta obra se harán por la misma edición, señalando únicamente el número de página.

⁶ Cf. ROBERT RICARD, “Un roman de Galdós”, p. 11.

lar a otras⁷, y es cierto. Sin embargo hay alguien en *Lo prohibido* que, sin llegar a ser un tipo popular, está muy cerca de ello. Se trata de Camila Bueno de Guzmán, la menor de las tres hermanas amadas por José María, su primo, una muchacha de la alta burguesía madrileña, precisamente, pero extremadamente pobre por su matrimonio. Es, esencialmente, una mujer primitiva, y el narrador la presenta como tal, aunque idealizada recubriéndola de un aspecto campesino: “saludable como una aldeana”; de “coloración sanguínea, de su piel limpia y tostada, indicio de un gran poder físico”; dotada de gran apetito, “emblema de las asimilaciones de la Naturaleza y garantía de fecundidad”; adornada por “la gracia picante de su rostro” (p. 1684); características que difieren bastante de las de sus hermanas, y del ideal físico que una dama debería poseer según las normas imperantes. Tampoco su manera de ser responde a esos ideales y, en un principio, su primo se siente verdaderamente molesto por ello: “Yo sentía miedo al oírle conceptos y reticencias que nunca están bien en la boca de una señora” (p. 1684). Al mismo tiempo, iba rara vez a la iglesia y “se burlaba tantico de los curas” (p. 1771).

A José María Bueno de Guzmán, Camila, en sus retozos, se le representa como un ser de las sociedades primitivas, como los mundos sin descubrir antes de que Colón llegase a ellos (cf. p. 1822). En cuanto a su forma de hablar, es siempre gritona, impertinente con todos; su primo es para ella “el tísico” o el “muñeco”; pelea como “rabanera” y se expresa siempre de una manera totalmente libre, lanzando sus violencias a diestro y siniestro. “Si los vicios te tienen desainado —le dice a José María— no sirves para una mujer de verdad, sino para esas tías tan tísicas, tan fulastres como tú... perdido” (p. 1851). Altera intencionalmente las palabras para darles una forma vulgar. ‘Jace’ y ‘jaciendo’ es su popular decir habitual. Se refiere a la ‘jilife’ y al dramaturgo inglés lo llama ‘Chakespire’. Deformación consciente del lenguaje que recuerda al mismo mecanismo que utilizará Tristana, “compuesto de mil formas de lenguaje sugeridas por cualquier anécdota picaresca, por este o por el otro chascarrillo...”⁸ También ‘jacer’, ‘jierro’ son modismos de la señorita

⁷ “...mette en scène une riche société citadine sans faire aucune place à ces puissantes figures populaires que sont un des attrait principaux de l’œuvre galdosienne”, ROBERT RICARD, “Nouvelles remarques”, p. 394.

⁸ Tristana, en *Obras completas, Novelas y miscelánea*, Aguilar, Madrid, 1977, p. 382.

Reluz, junto con 'Sáspir' y muchos otros, unidos a cultismo redichos debidos a que Tristana posee muchas más ínfulas de cultura.

Pero el tipo primitivo y apegado a lo básico de la existencia que es Camila, puede relacionarse sin duda con esas figuras populares que tan bien delinea Galdós en novelas posteriores: Fortunata, Andara, Dulce Babel, Mauricia la Dura y tantas otras figuras de las que Galdós gusta y que admira tanto como Evaristo Feijoo, el hombre refinado que prefiere Fortunata a las damas más empingorotadas.

Un poco en la misma línea de idealización de lo primitivo está Constantino Miquis, el marido de Camila. Galdós lo presenta como un noble bruto, más noble o más bruto, según los cambios que la psique de José María va experimentando en la novela. Como características peculiares de él están las de haber nacido en La Mancha (las referencias a su persona son muchas veces como "el manchego") y ser "el nazareno de aquella cruz" (p. 1864), es decir, la humilde víctima de la personalidad de Camila. En cierto momento, esta imagen se convierte en una representación plástica: Miquis, de rodillas, inclinado ante una bañera en la que lo obliga a lavarse su consorte: "Su actitud era la del reo que se inclina ante el tajo en que le han de cortar la cabeza" (p. 1787). Su personalidad está basada en una bondad básica, indiscutiblemente simple, que reconocen los que lo rodean: "abrutado, macizoto pero ángel"; "un niño, un angelón" (p. 1797). Sus cualidades de fidelidad pura, animal, se subrayan frecuentemente. En su casa no había "otro animal que Miquis" (p. 1779); sus ojos tenían "la mirada profundamente leal y honrada de un perrazo de Terranova" (p. 1789); era "un alma de Dios, el rey de los topos" (p. 1856).

Sin embargo, no es un hombre tonto. Hasta su rival, José María, reconoce en él "buen sentido y una apreciación clara de las cosas" (p. 1845). Augusto Miquis, su hermano mayor, que lo conoce bien, lo describe en su manera de ser, completando la imagen que de él se ha ido creando a lo largo de la novela. "Es un bloque de honradez y nobleza, con nociones radicalísimas cardinales del bien y el mal. Para él, lo que no es superior es inferior" (p. 1864). Es importante ver aquí planteada una cuestión que después va a expresar Galdós frecuentemente en otras obras: con un pensamiento realmente moderno: la relatividad del bien y del mal. Problema que, al mismo tiempo, se relaciona profun-

damente con la intransigencia religiosa, tema tan importante para él (y para algunos de sus contemporáneos).

Alejandro Miquis insiste en que su hermano “no transige”. Por eso, hombre inteligente, se alegra infinito de que Constantino quede alejado de la región de las ideas, porque “si se le antojara tenerlas políticas, sería o el socialista más fogoso o el carcunda más feroz” (p. 1864). Posee una inteligencia que no percibe sino “lo gordo, lo elemental”; “siente mucho y fuerte como los niños y los poetas primitivos” (*id.*).

José María ha tratado durante casi toda la narración de conquistar a Camila, en un empeño donjuanesco provocado, entre otras cosas, por las negativas más o menos rotundas de ella. Ha ofendido a Constantino y ha buscado pisotear su honor, despreciándolo, además, sin tener nunca en cuenta su persona o sus posibles susceptibilidades. Sin embargo, el manchego, que nunca lo ha sospechado y que resulta agudamente herido cuando se entera de ello, es capaz de perdonarlo cuando lo ve enfermo, incapacitado y pobre y, además, de cuidarlo con una dulzura enteramente cristiana, que llega a extremos (narrados con cierta ironía), de limpiar “los hilos gelatinosos” que llegan a caerle desde la boca. “¿Por qué lo hizo?” —se pregunta el ofensor— “Porque le salía de dentro, sin duda, y era vengativo al estilo de Jesucristo” (p. 1878). Marido y mujer llevan a cabo sus actividades caritativas con “cristiano entusiasmo”, con un perdón total hacia el que había manchado su reputación. Ellos tienen la conciencia limpia y desprecian la opinión pública, que la consideran manchada. La simplicidad va unida a la expresión de lo espiritual en generosas palabras, “las más elocuentes en su sencillez que yo había oído en mi vida” (p. 1883). “Me impresionó tanto, tanto, lo que aquel bruto me dijo con su lenguaje sin retóricas y su lealtad sin estudio, que le di un fuerte abrazo y lo besé como a un niño” (*id.*).

Me parece que es la primera vez que en la obra galdosiana aparece un personaje tan simple y con una conducta tan idealizadamente cristiana en cuanto a las relaciones humanas. Pero tal vez no será la última. Otro manchego, Nazarín, sustentará con frecuencia actitudes semejantes. Naturalmente, son dos figuras distintas, mucho más elaborada ésta, y protagonista, además. Pero ¿no sería Constantino el precursor de un modelo que se desarrollaría después?

Otro personaje al que se dedican pocas líneas en *Lo prohibido* me ha llamado poderosamente la atención. Se trata de una figura

muy menor, de la que ni siquiera se proporciona el nombre: únicamente el apodo inventado por Severiano Rodríguez, “porque se sorbía las reputaciones crudas”, el *Sacamantecas* (p. 1728). Este nombre, histórico, parece que lo llevó primero un sujeto verdadero de la época, criminal y violador famoso, llamado en realidad Juan Díaz de Garayo, defendido por el famoso doctor Esquerdo por considerarlo desequilibrado e irresponsable. Un asesino más de la colección de sucesos truculentos de la época, como el crimen de Fuencarral que es tan relevante en *La incógnita y Realidad*. Pero el *Sacamantecas* de *Lo prohibido* no tiene mucho que ver con el real: “Tout s’est borné au surnom de *sacamantecas* qu’il, Galdós, a transposé pour le faire appliquer métaphoriquement à un personnage dont la langue impitoyable ne perpète que de assassinats moraux en détruisant les réputations”⁹.

Ahora bien, para Ricard es una figura que, como la familia Bueno de Guzmán, “on ne l’avait pas encore vu, et, comme elle on ne le revera plus”¹⁰. Sin embargo yo creo que, aunque algo disfrazado y con otro nombre —un nombre completo— sí lo veremos de nuevo. No se sabe quién es el *Sacamantecas*, pero en pocas líneas sí sabemos cómo es: “persona de intachables formas” “Su galantería exquisita y refinada encantaba a las damas” “Había tenido buena figura y aún conservaba restos de ella, presumiendo de ojos vivaces, de un busto airoso y de pie pequeño” (p. 1728). Mucho lo caracterizan sus miradas furtivas a los espejos, admirando su efigie y gozando con ella, gesto que enfurec hasta lo infinito a José María Bueno. Había dejado atrás la juventud y tenía muy escaso dinero. Pero, “tiempo hacía que chupaba del Estado en una u otra forma, ya so color de comisionado en el extranjero, para estudiar cualquier cosa [...] ya con aqu de las excavaciones arqueológicas que se hacían en una finca suya, allá por donde Cristo dio las tres voces” (p. 1784). He aquí el esbozo de otra figura mucho más elaborada en *La incógnita y Realidad*. Veamos algunas descripciones: “Su atildada educación, su finura, su elegancia en el vestir”¹¹. “Ha servido en la diplomacia y ahora ha logrado pasar al Ministerio”. “Su finísimo trato, su conocimiento del mundo, le ponen en primera línea en toda la sociedad”. Sus modales “son la misma perfección” “Sabe combinar como nadie la cortesía respetuosa con esas 1

⁹ ROBERT RICARD, “Nouvelles remarques”, p. 394.

¹⁰ *Loc. cit.*

¹¹ BENITO PÉREZ GALDÓS, *La incógnita*, Aguilar, Madrid, 1963, p. 95.

cencias que hoy agradan tanto”. “No conozco otro que sepa entretener a las damas como él las entretiene”¹². Se trata, en las dos obras que acabo de citar, de Cornelio Malibrán y Orsini, un asiduo contertulio en las reuniones de Tomás Orozco y Augusta Cisneros, donde, cada noche, juega al tresillo, al que, como el *Sacamantecas*, es muy aficionado. El veneno de su lengua recorre también estos salones y, también como él, se contempla con placer en los espejos admirando su figura: “¡Qué guapo soy!” —exclama en *Realidad*— “y sobre ser tan guapo, llevo estampada en esta cara la sutileza y finura. . .”¹³

Otro personaje relacionado con el anterior, que se inicia en *Lo prohibido* y se desarrolla mucho más en *La incógnita* y *Realidad*, es una mujer de vida alegre, la *Peri*, muy tosca, todavía en sus principios, pero que enlaza las figuras del *Sacamantecas* y Malibrán. En *Lo prohibido*, aquél frecuenta ya su trato: “¿Sabe usted quién es la Peri?” —le cuenta a José María— “Esa que Pepito Trastamara recogió en Eslava. Mujer hermosísima, pero muy animal” (p. 1783). La visita con frecuencia porque a través de ella puede conocer intimidades de toda la sociedad. Varios años después, en *La incógnita*, Malibrán sigue frecuentando su casa, y continúa afilando allí su lengua envenenada¹⁴.

Pero no es posible seguir hablando del *Sacamantecas*-Malibrán sin traer a colación algo que es más importante todavía. En *Lo prohibido* no sólo se generan caracteres que se desarrollarán más tarde, sino que ahí está el origen de novelas completas posteriores. En la primera parte de la obra, donde tienen lugar los amores entre Eloísa y José María, surge un complicado triángulo amoroso con implicación de varios personajes, que da lugar, sin duda, al trágico triángulo que es la base de *La incógnita* y *Realidad*. Las personalidades de los integrantes son diferentes, pero con varios puntos comunes. José María y Federico Viera, los amantes transgresores, son hermosos, desequilibrados y apasionados, aunque uno es rico y otro pobre. Los dos terminan por saciarse de sus amores y buscan desesperadamente la ruptura y, lo que es peor, los dos son buenos amigos de los maridos ofendidos,

¹² *Ibid.*, pp. 97-98.

¹³ BENITO PÉREZ GALDÓS, *Realidad*, Aguilar, Madrid, 1962, p. 239.

¹⁴ “Unas palabras malignas dichas por Malibrán en casa de la *Peri*, en una cena que allí celebraron [. . .] se permitió [Malibrán] algo más que esas reticencias que inspira el champaña de las cuales ninguna reputación está libre” (*La incógnita*, p. 282).

relación que produce en ambos sentimientos incómodos de culpabilidad.

Menos puntos de contacto hay entre las dos esposas adúlteras. Son las circunstancias, más que el carácter, lo que las une. Las dos han sido asediadas insistentemente antes de ser infieles; y para ambas es la primera transgresión al vínculo matrimonial. Eloísa es mucho más frívola en su vehemencia por adquirir y Augusta más inteligente y tranquila. Lo cual podría explicarse, entre otras cosas, por la diferente situación económica en que se han desenvuelto. Eloísa no ha nacido rica y ha vivido invadida por el deseo de poseer, mientras que Augusta lo ha tenido todo desde su infancia¹⁵.

La infidelidad de ambas ha ocurrido después de varios intentos de otros galanes: las dos han sido mujeres muy solicitadas en su ámbito social y las dos han tenido un pretendiente muy semejante, al que han rechazado: el *Sacamantecas*, Eloísa y Malibrán Augusta. El primero, además, “se preciaba de haber recibido favores de Eloísa; pero esto era una falsedad, de que yo no tenía no podía tener duda alguna” (p. 1783). Malibrán persigue insistentemente a Augusta¹⁶, y ya que ve que su conquista es imposible, se dedica a espiarla, tratando de localizar el “nidito” en el que sus amores tienen lugar¹⁷.

¹⁵ Este personaje, inspirado en Emilia Pardo Bazán, y en quien ella misma se reconoció (cf. mi estudio “Algo más sobre *Realidad* de Galdós”, *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Barcelona: 1989), posee valores muy superiores a los de Eloísa. Es difícil saber si los defectos de ésta (el despilfarro, la presunción, los afanes sociales) fueron también parte del carácter de doña Emilia y causa del cansancio de Galdós por las relaciones sostenidas con ella, muy semejante, por cierto, al que experimentan José María Bueno y Federico Viera.

¹⁶ “Malibrán: Aunque usted me riña, aunque me mande apalear y me arroje de su casa, persistiré... Soy la terquedad personificada, y me crezo al castigo. Y bien podría suceder que la desesperación me lleve al suicidio a la locura” (*Realidad*, p. 27).

¹⁷ Este lugar secreto, donde los amantes se encuentran, aparece citado primeramente por Eloísa: “Nos veríamos en su casa. —No, no; en la mía. —No, no, en otra... —¿Dónde? —Pues nos daríamos cita en tal o cual parte... —Yo arreglaría una casita muy cuca” (*Lo prohibido*, p. 1715). En *Realidad* se trata de un lugar concreto, donde acontecen los más sobresalientes hechos (pp. 127-151; 321-354), el escondrijo que con tanta intensidad trata de encontrar Malibrán: “La estoy acechando en sus salidas de casa y créelo, ¡deshago el tapadillo; créelo como esta es noche” (*Realidad*, p. 55). Emilia Pardo Bazán se refiere en una de sus cartas al “asilito nuestro”, al “tugurio encantador” (cf. “Tres cartas inéditas de Emilia Pardo Bazán a Benito Pérez

Pero lo que relaciona a las dos novelas de una manera más interesante es el tercer ángulo del triángulo, es decir, los dos maridos: Pepe Carrillo en *Lo prohibido* y Tomás Orozco en *La incógnita* y *Realidad*. Por ser éste un personaje difícil de entender, que la crítica ha tratado de desentrañar con desigual fortuna, resulta de gran valor el conocimiento de Carrillo, el protomarido ofendido, figura que aclara, a mi entender, muchas de las incógnitas que el temperamento de Orozco plantea.

Tanto Orozco como Carrillo tienen una excelente relación con los amantes de sus esposas. Galdós deja un poco difusa la cantidad de conocimiento que cada uno tiene de su particular situación matrimonial. Sin embargo parecería, cuando el primero muere y al final de *Realidad*, que ambos “sabían”, y que, además, estaban bien conscientes de los sentimientos de culpa con que sus amigos cargan.

Lo que relaciona más estrechamente a Carrillo con Orozco es la moral. En medio de una sociedad que carece casi por completo de principios, estos dos hombres llaman la atención por su virtud. El primero “no tiene ningún vicio, no juega, no mantiene queridas, ni siquiera fuma. Pocos hombres hay tan ejemplares como él” (p. 1719). El poco dinero que tiene lo gasta en el socorro de emigrados o en sociedades protectoras de niños; organiza fiestas benéficas y, en fin, vive una vida activa en pro de empresas caritativas. Muestra hacia el primo de su esposa un especial afecto, el cual produce efectos ambiguos en él: “La confusión que esto producía en mis ideas no puede ser expresada por mí. No sé si agradecía su estimación o me repugnaba” (p. 1723). También mantiene Carrillo una discreta actividad política; toma muy en serio su cargo de senador y asiste puntualmente a la Cámara, donde pronuncia pequeños discursos sobre intereses generales, que Galdós describe con incisiva ironía¹⁸. Con frecuencia

Galdós revelan el amor secreto que existió entre ellos”, en *Excelsior*, 14 nov. 1971, sección B, p. 2). Y en otras epístolas evidencia el miedo que tiene a ser espiada: “No omitamos precaución alguna y vamos a hacer otra combinación, por si falla esta del encuentro en la calle de Claudio Coello”, *Cartas a Galdós (1889-1890)*, pról. y ed. de Carmen Bravo-Villasante, Turner, Madrid, s.a., p. 84.

¹⁸ “La enseñanza primaria, la extinción de la langosta, la necesidad de dar salida a *nuestros caldos*, el establecimiento de gimnasios en los colegios, los bancos agrícolas, la supresión de la lotería, de los toros y del cuarto del cartero; las cajas de previsión, la conducción de presos por ferrocarril, los talleres de los presidios y otras muchas reformas, le tenían por órgano valiente, aunque asmático” (p. 1722).

es considerado por su mujer como ‘un santo’, opinión que otros personajes de la obra comparten.

La imagen anterior tiene muchos puntos comunes con la de Orozco, hombre afable y cortés, de exquisita bondad, dedicado a obras de caridad, en especial con familias pobres; la sociedad murmura que es beato, practicante de ritos rigurosos, como ayunos y disciplinazos. Pero Infante (el narrador de *La incógnita*) no ha encontrado rastros de todo ello ni en su casa, ni en su ambiente¹⁹. Por su perfección moral merece el calificativo de ‘santo’ con que se refieren a él con frecuencia diferentes personajes, si propia esposa incluida²⁰.

Cuando Carrillo siente que su vida se extingue, exige unción para confesarse, y ya liberado de sus pecados, desea vehementemente la presencia de José María, como queriendo exhibir ante él el estado de perfección en que se encuentra. Sus palabras son una velada alusión a las ofensas del amante de su mujer: “¡Qué gusto poder decir ahora: «No he hecho mal a nadie!»” (p. 1759).

La reacción de José María, llena de ira, indignada, es inmediata. Ha surgido de la bondad mojigata de Carrillo, de su capacidad para aguantar en silencio, de su incapacidad para juzgar lo que no sea inmediato: “Carrillo faltaba a la verdad al sostener que nunca hizo mal a nadie, pues se lo había causado a sí mismo en grado máximo: jamás tuvo la estimación de su propio ser” (p. 1759) (afirmación que lo muestra como buen conocedor de lo psíquico, de sus necesidades y de sus carencias).

Pero en su furia contra los preceptos establecidos, contra lo que la sociedad considera “estado de perfección”, José María es capaz de hacer una buena introspección y analizar sus propios sentimientos (donde sin duda la culpa está presente), a los que el furor hace contradictorios, desordenados, “revolucionarios”

“No, decía yo para mí inquieto y trastornado —no te hagas el santo—. No lo eres porque no has combatido, porque no es virtud falta absoluta de energía, tanto para el mal como para el bien [. . .]. Si quieres salvarte, di que me has aborrecido y que me perdona. [. . .] Matándome nos habríamos condenado juntos. Pero no ha-

¹⁹ *La incógnita*, pp. 244-249.

²⁰ “Orozco merecería, según tú, el dictado de *santo*” (*La incógnita*, p. 82). “Esta mañana me dijo el ‘Santo’ ” (*Realidad*, p. 142); “Él es un santo” (p. 146), etc. En relación con Orozco, véase mi artículo “Algo más sobre *Realidad* de Galdós”, cit. en n. 15.

tenido ni siquiera la intención de ello, y me estrechas la mano y me llamas amigo” (p. 1759).

La negación de esa bondad pasiva y humilde, “lo único” que conduce a la salvación, produce en José María un rechazo tan grande que le hace exclamar: “¿Qué casta de hombre eres? ¿Son así los ángeles? Pues reniego de ellos...” (*id.*).

La indignación de José María va creciendo paralelamente a las muestras de bondad que Pepe Carrillo expresa en su agonía: “Esa tranquilidad desabrida para nada la quiero. ¡Morirse sin haber querido o sin haber odiado a alguien! ¡Morir sin despedirse de una pasión, sin tener a alguien a quien perdonar, algo de que arrepentirse! ¡Sosa, incolora y tristísima muerte” (p. 1759).

¿De quién es este discurso? ¿Es de José María o es de Galdós? El escritor lo pone en boca de un transgresor que termina loco, de manera que no puede crear escándalo en la sociedad. Pero no se puede olvidar lo buen conocedor que don Benito era de Cervantes, y también, sin duda, de Erasmo. Sólo a través de un loco podían decirse ciertas verdades, que los lectores tomarían como palabras de un personaje perverso y descreído.

Creo que es importante tener todo esto en cuenta para comprender novelas galdosianas posteriores, donde ciertas figuras ‘santas’ han confundido a los críticos frecuentemente.

Ya en el último momento de su vida, Carrillo abraza a José María tan estrechamente que apenas le permite respirar. Éste lo interpreta como —al fin— la expresión de un odio humano y natural, una forma de sentir plenamente viva. Pero, no: “Le miré a la cara y en sus ojos vidriosos vi cuajada y congelada la misma expresión de amistad leal que me había mostrado siempre... No ¡pobre cordero! no me odiaba” (p. 1760).

Muy semejante a este diálogo mudo es el contenido del que se desarrolla al fin de *Realidad* entre Augusta y Orozco. El marido, sospechando de la infidelidad de su mujer, inicia una conversación de altos vuelos en la que trata de orillarla a que declare su culpa. Para ayudarla le confiesa tener “ánimo suficiente para poner la verdad por encima de los afectos grandes y chicos, para reducir a la insignificancia las pasiones” (*Realidad*, p. 380). Augusta rechaza esa expresión de la nada; “¿Y quieres que yo te acompañe en esa purificación? ¡Ay! Bien quisiera; pero no sé si podré. Soy muy terrestre, pero mucho” (*Realidad*, p. 381). Cuando Orozco, ya más abiertamente, ofrece el perdón por el adulterio a cambio de una confesión, Augusta piensa: “¿Ese per-

dón vale? El perdón de quien no siente ¿es tal perdón? ¿Puede un alma consolarse con semejante indulgencia, venida de quien no participa en nuestras debilidades?” (*Realidad*, p. 383).

Cuando, finalmente, la esposa decide no confesar nada a pesar de las presiones morales, reconoce que “el dogma frío y teórico de este hombre no me entra” (*Realidad*, p. 386). Siente dentro de sí que sería más fácil la confesión “si él fuera más hombre y menos santo”.

Al darse cuenta Orozco de que su mujer nunca declarará su culpa, parece sentir un alivio: se quedará liberado de los asuntos terrenos y podrá dedicarse libremente a la vida espiritual: “Ningún cuidado me inquieta si no es el de mi propia disciplina interior, hasta llegar a no sentir nada, nada más que la claridad de bien absoluto en mi conciencia” (*Realidad*, p. 388).

En la escena final de *Realidad*, Orozco dialoga en sueños con el fantasma de Federico Viera (que ya ha muerto), amante de su mujer y por consecuencia su ofensor. (Aquí la conversación no es ante la muerte, como en *Lo prohibido*, sino en el sueño, una imagen semejante.) Lo mismo que Carrillo, muestra una gran simpatía por él y grandes deseos de otorgarle un perdón que nunca ha solicitado. Como José María, Viera experimenta hacia Orozco sentimientos encontrados, donde no falta la conmisericordia: “¡Pobre cerebro, atormentado noche y día por las formas algebraicas de la conciencia universal!” (*Realidad*, p. 395).

Porque, realmente, Orozco es incapaz de comprender nada que se salga de sus fórmulas establecidas. Se considera a sí mismo —a causa de su perfección— como el juez exacto de los hechos humanos. Ha encontrado una respuesta, sólo suya, para explicar la muerte de su ofensor, lo cual le autoriza a otorgar un perdón, emitido desde la cúspide de su superioridad: “Has tenido flaquezas, has cometido faltas enormes; pero la estrella de bien resplandece en tu alma. Eres de los míos. Tu muerte es un signo de grandeza moral. Te admiro y quiero que seas mi amigo en esta región de paz en que nos encontramos” (*Realidad*, p. 398).

La idea de perfección produce, lo mismo en Orozco que en Carrillo, sentimientos de superioridad sobre los demás mortales que los llevan a sentirse capaces de alcanzar esa perfección a través de ritos que los volverán espirituales e inmortales. Idea, pero imposible, patológica.